

Broncano, F. (2020): *Conocimiento Expropiado. Epistemología política en una democracia radical*, Ed. Akal, Madrid, 450 pp.

Tantas veces vivida y tan poco reconocida es la situación en la que nos encontramos cuando necesitamos expresar un cierto dolor y para este dolor no hay palabras exactas. Y si acaso las hubiera, los significados no se corresponden con lo que quisiéramos decir, con lo que necesitamos expresar a los nuestros para que nos entiendan, para reclamar su ayuda. Pues no hay ayuda para quien no sabe expresar qué es lo que le sucede. Ni siquiera un médico podrá curarnos si no sabemos decirle qué es lo que debería funcionar en nuestro cuerpo y no funciona, dónde es adonde nos duele. Y al final, ante esta impotencia de buscar recursos con los que hacernos entender y no encontrarlos, acabamos por lamentar nuestra *desdicha* de sentirnos incomprendidos y esperar que, a la próxima, tengamos *mejor suerte*.

Pero, ¿y si esta situación que vivimos como *mala suerte* no fuera tal? ¿Y si se tratase de una tesitura sistemática e incluso diseñada para incapacitar el entendernos y el hacernos entender? ¿Y si en vez de mala suerte fuera una pura injusticia? ¿Cómo las diferenciaríamos? Estas son las preguntas que han llevado a Fernando Broncano a escribir *Conocimiento Expropiado. Epistemología política para una democracia radical*. La tesis que dirige esta obra es que existen mecanismos del poder encargados de producir ignorancia, ceguera y silenciamiento con el único propósito de incapacitar el reconocimiento de ciertas injusticias epistémicas. Esta incapacidad garantiza la reproducción de la jerarquía social –basada en la opresión y el dominio epistémico de unas clases sobre otras– y, por ende, las desigualdades que la mantienen viva.

Con ello Broncano se opone a una larga tradición de epistemología individualista y meritocrática que acusa a la falta de educación como la única causa de los déficits de conocimiento. Denuncia el autor que toda esta serie de epistemologías impiden dar cuenta de un fenómeno particularmente dañino, el de las injusticias epistémicas que se dan por doquier y que afectan a lo más esencial del sujeto: la capacidad de hacer uso de los recursos epistémicos para reconocer y explicar las experiencias vividas. Por este motivo, Broncano se instaura dentro de la llamada epistemología agencial de las virtudes. Desde esta perspectiva, el conocimiento representa la manifestación de las capacidades de la agencia humana, y como tal, adquirir conocimiento es un *logro* de la misma. Defender el conocimiento es defender lo humano, las capacidades humanas para conquistar nuevas metas. Lo más decisivo es que dicho logro no es únicamente resultado del talento individual, sino que la dimensión social juega un papel ineludible en el proceso epistémico. Las estructuras sociales son condición de posibilidad de este proceso y, al mismo tiempo, constituyen el principal objetivo del poder parar impedir que algunas capas sociales adquieran ciertos conocimientos.

Con ello Broncano se opone a toda corriente que sustancialice las capacidades epistémicas del agente, como si el acceso al conocimiento pudiera darse con independencia al contexto social o sin el necesario reconocimiento del otro. Por este

motivo, la posición del autor no es otra que la defensa de una epistemología social, en el que la interdependencia de las capacidades cognitivas del agente con su posición social configura su «posición epistémica». Bajo este concepto es posible defender que el sujeto es epistémicamente dependiente del contexto y, más decisivo aún, que la autonomía de la agencia solo es posible en condiciones de dependencia. De hecho, afirma Broncano que el testimonio es uno de los mecanismos de transmisión de conocimiento más propagados y también la forma social de dependencia epistémica más elevada. En el testimonio se da una actitud epistémica muy particular, pues tanto el trasmisor como el receptor del conocimiento manifiestan una co-implicación que está basada en la confianza que ambos depositan el uno en el otro. Solo bajo el reconocimiento de esta interdependencia puede el testimonio activar sus resortes y actuar como una fuente fiable de transmisión de conocimiento.

Con todo, el autor pretende llegar a la conclusión de que la dependencia del sujeto con respecto a su posición social está a la base de sus capacidades epistémicas. Si esto es así, resulta determinante analizar cómo se configuran las sociedades para averiguar si el diseño de las mismas interfieren, de alguna manera, en las capacidades cognitivas de los individuos. El alcance de esta interferencia podría impedir al sujeto acceder a los conocimientos que le son necesarios para desempeñar correctamente su función dentro del plano social. Broncano dice que las sociedades están organizadas por formas de poder que permiten a las clases dominantes subyugar epistémicamente a las clases subalternas. Esta forma de jerarquía social reproduce sistemáticamente una serie de distorsiones cognitivas que explican, entre otras cosas, por qué las clases subalternas viven como desventura lo que en realidad es una injusticia: su condición subordinada. Las injusticias epistémicas son una de las de las formas más degradantes de tropelía, pues impiden la transmisión de conocimiento y, más preocupante aún, el conocimiento de uno mismo, es decir, aquel que explica y da sentido al lugar de uno mismo en el mundo.

Las dos grandes categorías de injusticia epistémica son, por un lado, la injusticia testimonial y, por el otro, la injusticia hermenéutica. La pregunta es inmediata: ¿y cómo actúan los mecanismos de poder generando dichas injusticias? Según Broncano, haciendo uso de los mediadores que interceden entre la posición social y la posición epistémica de un agente. Tanto los imaginarios sociales como los diseños institucionales son mediadores que pueden servir para beneficiar o dañar la posición epistémica de un agente de acuerdo con su ubicación social. En el caso de la injusticia testimonial estos mecanismos provocan un reparto asimétrico de la credibilidad entre los colectivos. La credibilidad que deriva de la confianza es el elemento principal que posibilita que el testimonio sea fuente fiable de transmisión de conocimiento. Por tanto, con un reparto injusto de esta credibilidad se dará el caso en que ciertos colectivos no sean tomados como testigos fiables debido a la interferencia de su posición social, al tiempo en que se deposita en otros grupos un exceso de confianza, debido al mismo motivo clasista. En ambos casos este reparto asimétrico de credibilidad actúa propagando prejuicios que, en ciertos contextos, impiden la confianza epistémica en el testigo y, en otros, socavan la actitud crítica frente a ciertos testimonios en los que se deposita una credibilidad infundada.

Por otra parte, en la injusticia hermenéutica se ejerce una manipulación sobre la existencia y el significado de los recursos epistémicos comunes, que permiten reconocer y explicar las experiencias vividas. Cuando el poder hegemónico distorsiona estos medios cognitivos actúa impidiendo dicho reconocimiento. Se trata

de un tipo de injusticia especialmente estructural donde la clase dominante produce lo que se denomina «marginación hermenéutica» de ciertos colectivos. Esto se debe a que los prejuicios derivados de la posición social producen fallos sistémicos que impiden la existencia o el acceso a los conceptos que permiten la comprensión de una experiencia sufrida. Cuando esto es así, la no-existencia de relatos comunes – que evidencian el carácter sistemático de estas situaciones– dificultan comprender que se está viviendo una injusticia derivada de la posición social y que, por tanto, existen alternativas políticas a dicha situación. En definitiva, impiden la conciencia del daño sufrido y, por tanto, la búsqueda colectiva de un remedio político.

Todas estas degeneraciones que se dan en el plano cognitivo imposibilitan que la epistemología sea desvinculada de la dimensión social y política. Por este motivo Broncano insiste en que toda epistemología es, en definitiva, una epistemología política, debido a la sistematicidad de los dejes y prejuicios que impiden a ciertas capas sociales acceder a la plenitud de los recursos cognitivos. La sistematicidad de las injusticias no es solo entendida en términos cuantitativos, sino que estos dejes y prejuicios están presentes en los propios mecanismos que la sociedad utiliza para reproducirse. Este también es el motivo por el que Broncano defiende la actitud de las epistemologías de la resistencia. Estas últimas las encarnan los «héroes epistemológicos», que son aquellos colectivos que, debido a su destreza, consiguen evidenciar los límites del poder mediante fricciones epistémicas. Esta actitud implica una cierta virtud que oscila entre la dimensión cognitiva y la dimensión práctica de la agencia y que consiste en reconocer la sistematicidad de estas situaciones y evidenciar su carácter de injusticia causado por la interferencia de la posición social. Según Broncano, las propuestas de la resistencia demuestran la posibilidad de que existan grupos epistemológicos, dotados de virtudes y vicios epistémicos, capaces de llevar a cabo actos epistémicos colectivos. Además, la necesidad de la resistencia epistemológica se deriva del aumento de mecanismos de silenciamiento y propagación de cegueras por parte del poder. Así, los grupos de resistencia desarrollan una lucidez suficiente capaz de detectar dichas cegueras construidas y evidencian aquello que el poder pretende ocultar.

Un capítulo entero de este ensayo está dedicado al análisis de la producción industrial de ignorancia que tiene lugar en las sociedades del capitalismo tardío. Es una necesidad, según Broncano, considerar la ignorancia como un bien capital –generable y reproducible– y no solo como mera ausencia de conocimiento. De este modo podremos detectar cómo la producción institucional de cegueras es un fenómeno sustancial con un objetivo muy concreto: impedir que ciertos colectivos alcancen los recursos cognitivos que les son necesarios para desempeñar su función social. La ignorancia se ha convertido en un bien capital básico para la maquinaria político-económica neoliberal, cuya producción y circulación resulta necesaria para la reproducción de las jerarquías sociales en las que se asienta el poder, así como para opacar la atención sobre ciertas prácticas de carácter público. Como resultado, Broncano considera una necesidad epistémica, política y social el desmantelamiento de dichas cegueras y metacegueras. Estas últimas son las más dañinas porque impiden ver que se está sufriendo un ocultamiento que no debería darse. En conclusión, no deja de ser una enorme paradoja el que las democracias actuales se consideren cada vez más inclusivas y transparentes, al tiempo en que se destinan grandísimas cantidades de recursos en desarrollar técnicas de silenciamiento de algunas prácticas que deberían ser públicas. El *offshoring* y el acallamiento político de ciertas quejas constituyen solo una pequeña parte.

Ahora es comprensible la urgente denuncia de Broncano hacia la “expropiación” del conocimiento que se está llevando a cabo. A pesar de que las estructuras sociales son la condición de posibilidad de cualquier logro cognoscitivo, estas quedan completamente afuera del reparto de beneficios. Es más, las estructuras sociales resultan no solo las menos beneficiadas, sino también las más dañadas por el poder hegemónico. En este sentido, se pierde completamente el valor colectivo o común que en su origen posee el conocimiento. Incluso las universidades, sedes históricas del conocimiento colectivo, empiezan a perder su capacidad de autonomía y son absorbidas por las dinámicas del rendimiento neoliberal. Por este motivo, la “democracia radical” a la que apela Broncano en el título de esta obra hace referencia a la reubicación del conocimiento al plano comunal o colectivo que le corresponde y que es, precisamente, el que le da sentido. Se trata de devolver el conocimiento a la dimensión social que lo ha hecho posible. Para el autor es necesario comprender que la red epistémica que surge del trabajo colectivo no puede regirse por dinámicas ajenas a la misma, pues ya se ha visto que las propias prácticas de transmisión de conocimiento implican ellas mismas la confirmación de la dependencia del entorno por parte del sujeto. Y en este sentido, es el mismo proceso epistémico el que demanda responsabilidad y una continua afirmación de la confianza en el otro como condición *sine qua non* es posible transmisión alguna de conocimiento. La sociedad se reproduce gracias al reconocimiento de esta interdependencia y de los deberes y responsabilidades que ella misma trae aparejados. Sin estos, insiste Broncano, ningún tipo de conocimiento podría haberse logrado.

El anterior proceso constituye por sí mismo una micro-institución, cuyas normas de conducta están implícitas en el mismo proceso del testimonio. La democracia, pues, solo puede consistir en una generalización de estas micro-instituciones y de estas prácticas epistémicas. Visto de este modo, la propuesta política de Broncano reivindica el derecho a que cada cual sea capaz de exponer su lamento en la esfera pública. Para ello, y aquí reside la esencia del meollo, es necesario que las estructuras políticas velen por la independencia de la posición epistémica de la agencia para que no resulte dañada por su ubicación social. Solo si –con independencia del colectivo al que se pertenezca– se es capaz de acceder a los recursos necesarios para reconocer que se está sufriendo una injusticia, la democracia habrá alcanzado todo su potencial político y epistemológico y legitimará su superioridad frente al auge de los totalitarismos y las epistocracias.

Miguel Gramage Bonastre
Universidad de Valencia
migrabon@gmail.com